

Algunas implicaciones de implicarse en procesos de investigación

Some implications of getting involved in research processes

Andrea Angulo Menassé

En este texto presento una reflexión en torno a la noción de objetividad en la academia. Busco cuestionar la necesidad de que este concepto se considere como criterio de verdad de las investigaciones académicas, pues dadas sus propiedades de imparcialidad, neutralidad, desapasionamiento y ecuanimidad, las investigaciones pierden relación con la voz de enunciación de los autores y dificultan que el lector entienda las motivaciones personales y científicas que sustentan la pregunta de investigación. Se reflexiona sobre la posibilidad de implicación, participación e involucramiento explícito de los investigadores con sus preguntas, hipótesis, posturas, marcos teóricos y metodológicos, participantes y conclusiones, con el fin de lograr mayor transparencia frente a los objetos y sujetos de estudio. El feminismo y algunos estudios en torno a la familia se presentan como pretextos a partir de los cuales pensar este tema a la luz de dichos debates.

Palabras clave: implicación, reflexividad, objetividad, subjetividad, investigación.

In this article I will discuss “objectivity” in scholar and academic world. It’s important to question the necessity of this concept to be considered as the criterion of truth of research. Investigators that subscribe impartiality, neutrality, dispassion, equanimity, tend to lose clarity regarding the locus of enunciation. They also interfere with the reader’s capacity to understand the personal and scientific motivations that underpin the research question. I reflect on how involvement, participation and explicit involvement of researchers with questions, hypotheses, postures, theoretical and methodological frameworks can achieve greater transparency and reflectivity towards objects and subjects at study. Feminism, some streams of family studies are presented as pretexts for which to think.

Key words: involvement, reflexivity, objectivity, subjectivity, research.

Fecha de recepción: 4 de abril de 2018

Fecha del dictamen: 21 de mayo de 2018

Fecha de aprobación: 18 de junio de 2018

Todo sistema de pensamiento nace en el inconsciente a manera de defensa contra la angustia y la desorientación: se formula primero afectivamente más que intelectualmente y en el ilógico “lenguaje del inconsciente”.

GEORGES DEVERAUX

No hay acontecimiento en sí, hay un cúmulo de sucesos recortados por un ser que los interpreta.

RAÚL ANZALDÚA

Objetividad es el delirio de un sujeto que piensa que observar se puede hacer sin él.

HEINZ VON FOERSTER

INTRODUCCIÓN

En este escrito busco reflexionar sobre la cuestión de la implicación del investigador en su proceso de investigación desde dos vertientes; reconociendo el lugar de las emociones frente al proceso investigativo y situando al sujeto de la enunciación.

En el V Congreso Iberoamericano de Investigación Cualitativa en Salud, realizado en octubre de 2012, los ponentes que presentarían el tema de la implicación en la investigación cualitativa, se percataron que no habría público suficiente para la discusión y decidieron cancelarla (las razones quedaron para siempre en el misterio, aunque se aventuraron algunas hipótesis). Este trabajo es una reflexión producto de esa escena.

Implicarse¹ en una investigación se vincula con la posibilidad de enredarse en los laberintos emocionales e intelectuales que el camino de la indagación científica conlleva. Es ése un lugar metodológico desde donde se parte para inquirir sobre cualquier tema y representa una apuesta diferente de lo que se dicta todavía desde el positivismo en muchas de las universidades.

Es respecto a la investigación cualitativa donde en la academia se atreven a enseñar, en cambio, que la comprensión e interpretación de los discursos, respetando el significado asignado por los propios participantes o “informantes”, es también investigación científica y, en ese sentido, representa un rompimiento radical con los principios

¹ La palabra *implicación* tiene su origen en el verbo *implicar* que significa “envolver”, “enredar”, “contener”, “llevar en sí” (RAE, 2019).

positivistas; sin embargo, en la mayoría de los espacios académicos cualitativos miran con distancia los artículos científicos que transgreden la clásica estructura del texto escrito en tercera persona, en tono impersonal, propio de los preceptos positivistas. Tampoco se considera necesario un apartado de reflexividad² donde los autores se sitúen frente a sus preguntas de investigación y/o los participantes en la investigación. La literatura científica no dedica un espacio importante a explicar el sitio desde donde el sujeto investiga y las que lo hacen son minoritarias en las ciencias sociales, a pesar de que la reflexión centrada en el sujeto investigador no es nueva; en 1890 Freud (2006) ya había explicado porqué resultaba fundamental.

A la implicación se le ha denominado de distintas maneras: reflexividad (Bourdieu, 2003), resonancia (Elkaïm, 1989), conocimiento situado (Haraway, 1995), cibernética de segundo orden (Foerster, 2000), objetividad entre paréntesis (Maturana y Varela, 1990). Otros autores han hecho contribuciones importantes en este sentido: Guattari, Pichon-Rivière, Bauleo, Lourau, Lapassade, Latour, De Sousa Santos, sus planteamientos han enriquecido el debate, sin embargo, el objeto de este texto no es comparar sus nociones ni analizar las diferencias sino reflexionar sobre las implicaciones de asumir la investigación de esta manera.

LA TRANSFERENCIA

Por primera vez, en 1905 al analizar las causas del fracaso terapéutico del tratamiento psicoanalítico de Ida Bauer (Caso Dora), Freud (1988) definió la transferencia como la clave para entender el éxito o fracaso de una pesquisa cualitativa (en este caso sobre la psique de su paciente). Se dio cuenta de que la averiguación que el analista realizaba, junto con la persona que consultaba su espacio clínico, estaba atravesada por implicaciones personales, afectos y sentimientos no sólo de una de las partes (el paciente y su transferencia) sino de ambos participantes (el psicoanalista y su contratransferencia).³ Que crecían entre los *presuntos implicados* vínculos intensos que era

² En sociología, la reflexividad puede referirse a una acción de autorreferenciación, donde un sujeto vuelve sobre sí mismo y se transforma por acción de dicho examen. Conforme a lo anterior, la reflexividad también se refiere a la capacidad de un agente para reconocer las fuerzas de la socialización que lo determinan y le llevan a pensar ciertas cosas a cambio de pensar otras (puntos ciegos).

³ Reacciones, actitudes, pensamientos e ideas que el analista produce en la relación con su analizando, particularmente aquellas que surgen como respuesta a los “fenómenos transferenciales” que ocurren en este último.

menester poner al servicio de la investigación, para volverlos productivos y exitosos. A diferencia de sus colegas, el austriaco procuró darle un espacio al vínculo emocional que se entretecía entre investigador (analista) e investigado (analizado) para utilizarlo como material de análisis e integrarlo como un elemento más de la pesquisa.

El análisis de este proceso (transferencia y contratransferencia), a principios del siglo XIX generaba tal ansiedad en los investigadores que muchos no estuvieron dispuestos a considerarla. Preguntas como ¿qué siento por el participante de mi investigación?, ¿qué relación quiero establecer con él/ella?, ¿qué expectativas tengo frente a lo que mi investigación generará?, ¿qué relación establece el participante conmigo y qué espera de mí?, ¿desde dónde miro lo que miro en esta relación?, ¿cuáles son las ideas a priori que tengo sobre los resultados que conseguiré?, ¿cuál es la motivación que me mueve en esta búsqueda?, ¿por qué hice lo que hice en términos de las decisiones metodológicas?, ¿qué motiva a participar al sujeto que participa en mi estudio?, ¿qué compromisos se establecen entre ambos durante y después de la investigación?

Una reacción emocional del “investigado” con su “investigador” y viceversa es lo único que posibilita que la conversación entre ellos construya datos que valgan la pena. Sin embargo, de esto no se habla en la redacción de resultados en las revistas científicas. No suele considerarse en el análisis de resultados, la relación entre investigador e investigado, del mismo modo que no se identifica como parte sustancial del proceso metodológico porque está naturalizado, se obvian las implicaciones de este vínculo, no se definen ni se de construyen.

Generalmente se reflexiona sobre la contratransferencia, en el mejor de los casos, cuando el investigador se paraliza en alguna parte del proceso. El asesor o tutor puede proponerle al investigador una reflexión sobre ¿qué, del material que ha construido o desvelado como parte de su investigación, le ha movido hilos personales que le obstaculizan su avance? A veces las personas se presentan a consulta psicológica con la demanda de analizar qué les impide continuar o concluir un proceso de investigación. Sin embargo, muchas veces se considera un problema a resolver y no parte del proceso del que hay que dar cuenta en la divulgación del estudio.

Es un lugar común decir que, sin la emoción, la vida humana sería inimaginable, sin embargo, en el contexto de la cultura científica es frecuente que se invite a las personas a controlar o incluso suprimir sus emociones en su contacto con la ciencia.

El proceso mediante el cual se le pide al investigador que separe las emociones de las ideas en la redacción de resultados es una técnica similar a lo que en psicoanálisis se ha entendido como uno de los mecanismos de defensa humana para lidiar con la angustia. El *aislamiento* es una defensa de la vida psíquica que consiste en descontaminarse

afectivamente del material *ansiógeno*, separando la razón de la emoción. El aspecto afectivo de una experiencia o idea es “secuestrado” artificialmente de su dimensión cognitiva como arma contra la ansiedad y los afectos, que resultan amenazantes.

En la academia, y en el campo de la investigación, se ha exigido a los sujetos en formación que aprendan a hacer de este mecanismo de defensa la virtud fundamental: se idealizan las preocupaciones racionales por sobre todas las otras al tiempo que se descalifican las argumentaciones que salen del marco estrictamente lógico analítico. Sobra decir que es así como se reproduce en la ciencia el tipo de subjetividad propia de la socialización patriarcal, que les exige a los varones desde muy temprana edad desvincularse de lo emotivo al servicio de lo presuntamente intelectual. Es por eso que ahora se entiende la relación directa entre ciencia, subjetividad y poder (Araiza, 2015) en el sentido de que *la objetividad* termina siendo el término que en ciencia se usa para referirse a la subjetividad masculina (Rich, 1984).

Los científicos aprenden a pensar la ciencia, la investigación y la divulgación en términos fragmentados y se ejercitan para considerar las emociones “como alienígenas invasoras que tienen que ser repelidas por la estricta aplicación del método científico” (Jaggar, 2001: 4). La academia hoy se esconde tras la falsa fachada de frialdad, de inexpresividad, obsesión con el control de variables y, sobre todo, miedo a la contaminación en nombre de la “objetividad” (Jaggar, 2001), cuando las emociones son epistemológicamente indispensables. Eso no quiere decir que sean epistemológicamente indiscutibles. Como todas las demás facultades son engañosas y los datos que arrojan, como todos los datos, serán siempre sujetos a reinterpretación y revisión, representan percepciones parciales, imprecisas o que incluso están cimentadas en valores opresivos, en tanto que no son pre sociales ni reacciones fisiológicas, sino construcciones culturales. Sin embargo, reconocer y someterlas a un escrutinio crítico en vez de que se condenen, nieguen, ignoren o supriman en los procesos de construcción de conocimiento científico es fundamental.

No resultan más básicas para la investigación que las observaciones racionales, pero tampoco son secundarias comparadas con éstas. Lejos de ser un ejercicio de autoindulgencia que sustituye el análisis y la acción política, es en sí mismo una práctica y una teoría políticas indispensables si el interés de la investigación es emancipatorio (Habermas, 1995) y de transformación social (Chapela, 2013).

APORTES DE LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA

Fueron feministas quienes desvelaron con más transparencia la relación indisoluble entre el positivismo y los supuestos ontológicos, epistemológicos y metodológicos que sostienen el patriarcado:

1. El compromiso con un concepto de verdad singular o universal y los métodos para verificar (o falsificar) la verdad (Gross y Mansour, 1995) son aspiraciones teóricas que no reconocen los costos (silencios, exclusiones e invalidaciones) en los que se fundan. Al buscar la categoría de verdad, buscan una posición más allá de la historia y así se convierten en propuestas a-sociales y a-históricas que obvian no sólo el contexto donde esa verdad se construyó, sino sobre todo lo que no se dice cuando el investigador no explicita su posición y por lo tanto su implicación, su alcance y límite: “la verdad es un conocimiento sin perspectiva, sin punto de vista, o una verdad que se atribuye una perspectiva universal” (Gross y Mansour, 1995:97).
2. La objetividad se considera como una manera de lograr que observadores o experimentadores sean intercambiables y este ideal se basa en la suposición de que la posición de los observadores no es determinante, lo que ciega, bajo el manto de la neutralidad, la realidad de que hombres y mujeres ocupan posiciones estructuralmente distintas en el mundo social y del conocimiento. Supone entonces que hay un sujeto sustituible y se comete la ingenuidad de partir de la idea de que tanto el sexo como el género del observador no significan nada, en tanto que la realidad, si la mira un observador “entrenado”, siempre será conocida de la misma manera. Con este presupuesto se consideran universales las teorías pensadas desde un lugar particular porque no les parece necesario explicar que sus preguntas, resultados y estilo de divulgación están sesgados por su contexto, historia y sexo/género.
3. Por otra parte, este sujeto universal de conocimiento propio de lo que Pablo Fernández (1993) denominó epistemología de la distancia, tiene ciertas características y rasgos: debe ser capaz de lograr un alejamiento respecto del objeto conocido, de modo que puede reflexionar acerca de él y sus observaciones deben estar redactadas desde esta misma separación y se juzga como acientífico cualquier adjetivo o juicio, cualquier palabra que recuerde la humanidad del autor, su posición social o moral frente al mundo, su no-objetividad.
4. Las teorías feministas, y lo que éstas han planteado en el plano de lo epistemológico, rompen también con esta otra premisa básica del conocimiento científico: su estilo de divulgación, la manera antipoética, dura, rígida, sobre estructurada de socializar el conocimiento, y de nombrar lo que se ha “descubierto”. La expresión

de los hallazgos, desde el lugar situado,⁴ no sólo usa la primera persona como voz de enunciación, tampoco tiene miedo de usar metáforas, tropos, nombrar emociones, asumir *sentipensares*, mostrar sus ideas desde una dimensión literaria. A estos feminismos les interesa aparecer como autoras, en vez de desdibujarse, dentro del proceso de observación e investigación, confirmar y visibilizar su observación dentro de lo observado, darse permiso de usar la creatividad para narrar lo observado y no sólo para “experimentar”. No les da miedo hacer de lo investigado parte de la vida cotidiana y convertir la vida cotidiana en algo apto de ser investigado (Díaz, 2007).

La teoría feminista propone un compromiso intelectual con posiciones teóricas abiertamente reconocidas como específicas de un investigador-observador situado en un contexto. Tan es así que aún dentro del feminismo —que no es monolítico sino diverso— las autoras de todas las escuelas se posicionan en un lugar que las describe en términos *sentipensantes* (Borda, 2015).

La crítica feminista contribuyó a romper con el dogma científico de “borrar la mancha subjetiva del trabajo de campo” (Bell, 1995), la cual conducía a que a la escritura etnográfica se le despojara de lo emocional en pos de la búsqueda del rigor metodológico. Maanen (1988:45-73) llama a este dogma la “doctrina de la immaculada percepción”, haciendo referencia a la idea de que la percepción científica ingenuamente quiera ser impoluta. La antropóloga Shepher-Hughes (1983) explica esta cándida postura con la comparación del antropólogo con un “muñeco de nieve” que observa de modo penetrante el mundo, pero que es invisible en su acción y helado en sus afectos y pasiones.

Para la epistemología feminista no sólo lo personal es político, también “lo personal es teórico” y “lo teórico-político es personal”, así que el “mito del etnógrafo como héroe” imperturbable, rasgo que lo hacía tolerante y respetuoso con las costumbres ajenas, se ha derrumbado (Gregorio, 2006).

EL GIRO DE LA TERCERA, A LA PRIMERA PERSONA DE LA ENUNCIACIÓN

Una de las cosas menos comprendidas es la comprensión. Cómo comprender la comprensión podría haber sido el título de un libro que se ocupe de establecer una epis-

⁴ Todo conocimiento es *situado* porque el investigador está ubicado en un lugar epistémico (sea o no consciente de éste) y con un posicionamiento ético y político. Si se toma en cuenta que el conocimiento siempre será *situado*, se vuelve posible reconocer la parcialidad de la verdad propia y no pretender que los desarrollos teóricos son inocentes.

temología que incluya al observador en sus observaciones, al científico en su ciencia y, desde luego, al terapeuta de familias en el proceso terapéutico (Keeney y Wolfson, 1983).

Algunos análisis de los estudios de familias establecieron una distinción entre dos clases de epistemología. La primera ola respondía a las premisas de la modernidad en tanto que planteaba al “observador” como un investigador “externo” que “registraba y describía” la realidad de una familia para “intervenir” en ella y modificarla. La idea detrás de la “intervención” sobre la realidad era que ésta –por ejemplo, las familias– “existían” con ciertas reglas observables independientemente del observador que las registraba y definía (Maldonado, 1997).

Coherente con esta propuesta epistemológica, los estudios de familia se proponían observar la dinámica y estructura familiar para, a partir de ciertas estrategias técnicas, modificar la manera en que se organizaban o se relacionaban sus miembros con reglas, triángulos, interacciones, mitos, ritos y premisas. Esta manera de funcionar de las familias estaba asociada con la manera de actuar del síntoma y consideraban que, al modificar las interacciones de los miembros del sistema, el síntoma dejaría de tener sentido y por lo tanto de existir.

Los investigadores posicionados en este lugar entendían su labor como consistente en corregir, modificar o matizar los elementos “patológicos” de las familias como agentes provocadores de cambios o estrategias especializados en controlar respuestas humanas. Observadores fuera y arriba del sistema. Sus textos estaban escritos en tercera persona y se caracterizaban por tener como efecto que la obra se erigiera como universo autónomo respecto al autor que presentaba los hechos como “lo sucedido” pues “es la visión completa, pura y simple de lo que aconteció” (Paredes, 2015:46).

El texto en tercera persona es el modo más seguro mediante el cual el autor se desentiende de su obra [...] que se presenta como un universo donde él no está inmerso, a lo sumo es su cronista: contempla y refiere lo sucedido [...] y lo presenta para que sea aceptado completo, tal cual es, no como una visión peculiar del mundo ni como proyección estética de una mentalidad singular; sino como una orbe independiente que está ahí [...] Es quien mejor tipifica el autor del conocimiento total [...] el autor gobierna totalmente su texto, desde la proposición inicial que inaugura su mundo literario hasta el destino al que todo se amolda necesariamente [...] Es un narrador que exige ser creído, no que dudemos de él o lo interpretemos (Paredes, 2015:51).

Desde esta perspectiva, el observador descubría la verdad oculta en las reglas de la familia, las desvelaba y las sacaba a la luz a partir de su conocimiento experto, como en el caso de esta estudiante de maestría que comparte su experiencia redactando su trabajo de tesis según había sido formada en la Universidad:

Yo estaba acostumbrada a escribir reportes de investigación y ensayos como me habían instruido, es decir, en tercera persona y en plural; por ejemplo: “Los resultados de la prueba nos indicaron que...”, “observamos en la familia una comunicación de tipo...”, “el niño nos dijo que sus padres...”, y la primera versión que describí de los casos de mi investigación fue expositiva y fría, centrada en la narración del contenido, enfocada en señalar las intervenciones que realicé durante la investigación sin explicar el motivo de esas elecciones. Cuando mi tutora leyó esa versión, me la devolvió con gran cantidad de notas al margen y preguntas constantes como: “¿Dónde estás tú?”. Lo que me ayudó a notar que yo me había ocultado en la seguridad de la teoría y la técnica, por lo que ni siquiera me atrevía a redactar en primera persona, pues me parecía un acto indecente poner mi voz en la narración de mi experiencia. En efecto, yo quedaba oculta en la impersonalidad de mi texto, no señalaba mis preguntas, desaparecían mis decisiones. Entonces me pregunté: ¿por qué me había escondido en esa narración? Y decidí dejar de hacerlo. Fue impresionante el esfuerzo de iniciar una narración diciendo: “Yo le pregunté al niño cuál era el problema para él?”, “decidí intervenir poniendo el foco sobre...”, “dije a los padres que...”. Y encontré que hacerlo antes de esa manera permitía defenderme de mis emociones, pues “los casos” que exponía en mi tesis me despertaban cuestionamientos sobre mi propia relación con el poder, la jerarquía y la relación de género. La tercera persona me permitía no cuestionar por qué había tomado tal o cual decisión, cómo había ignorado a ciertos personajes, para qué me servía la cercanía con unos y la distancia con otros y qué dificultades reconocía en el presente que me habían cegado en el pasado (Guzmán, 2013).

La segunda ola de estudios de la familia comprende una lectura epistemológica de segundo orden y supone que el observador observa una porción de la realidad de la que forma parte, por lo que sólo tiene acceso a una parcialidad. Cuando se rompió con la idea de que el investigador era “el experto” que observaba de manera objetiva un sistema familiar y se empezó a considerar, en cambio, que el observador construía en su observación al sistema observado, comenzaron a suceder procesos interesantes: representó una meta-observación que desplazó el ejercicio de decir “esto fue así” por observaciones de tipo “esto percibí. Percibo que percibí de esta manera, por estas razones” o “percibo que percibo y percibo que el otro también (me) percibe” (Devereux, 1977).

En concordancia con este posicionamiento epistemológico la investigación implicada entendió a la familia como un sistema social compuesto por sistemas generadores de sentido y organizadores de problemas mediados en y por el lenguaje (Maldonado, 1997).

Desde la epistemología implicada la observación de la familia se ve interesada en indagar cómo los sujetos y sus comunidades caminan hacia el logro de sus aspiraciones de acuerdo con sus significados contextuales, colectivos y culturales: bajo sus prioridades, necesidades, deseos y tiempos.

En el marco de esta epistemología se entiende que la relación con el otro forma parte de un proceso de aprendizaje y crecimiento mutuo en la construcción de distinciones conjuntas, a través de una conversación. Investigador e investigado están recursivamente conectados. La investigación se convierte en una conversación e intercambio de relatos.

El observador se ve obligado a aceptar su vulnerabilidad y tomar responsabilidad total ante lo que está presentando como afirmación. “Sabe que no puede poseer ‘la verdad’; ya no mira los hechos desde una altura olímpica que lo libra de las ataduras. Los hechos se *contaminan* con su persona al momento de escribirlos. Está inmerso en el universo narrativo –no arriba, ni enfrente ni atrás– y efectivamente, es una de las personas que lo transita” (Paredes, 2015: 74).

Además de la epistemología feminista otras posturas han reflexionado en estos términos, por ejemplo, al interior del pensamiento crítico anticolonial:

No basta con avisar lo que vemos. Tenemos que decir también quienes somos los que vemos. Porque los cambios que avistamos no son sólo allá afuera. Nuestra mirada hacia adentro también va cambiando. Entonces queda claro que, para explicar lo que miramos, tenemos que explicar nuestra mirada. Pues antes de la respuesta sobre qué se ve, viene otra pregunta ¿quién es quién mira?, nuestro método también contempla tratar de dar cuenta de la mirada que somos (EZLN, 2015).

Los sujetos tenemos en común una operación epistemológica fundamental: la de establecer distinciones, el modo en que las hacemos revela un orden particular de la realidad. Como resulta imposible que un observador carezca de epistemología, es imperioso que se expliciten y comprendan las bases epistemológicas subyacentes en sus pautas de acción y percepción (Keeney y Wolfson, 1983).

Visibilizar en los textos científicos la implicación ante los temas de investigación, las preguntas que se hacen, las metodologías que se prefieren, los modos que se eligen para construir los datos, el formato para presentar los resultados, el lugar de enunciación desde donde se escribe, debe ser una responsabilidad ética en el trabajo académico.

CONSIDERACIONES FINALES: HACIA MEJORES Y MÁS MUNDOS POSIBLES EN LA CIENCIA

Al principio de los tiempos todo estaba en absoluta calma y en silencio. No había gente, ni pájaros, ni peces, ni cangrejos, ni piedras ni barrancas, ni yerbas, lo único que existía era la vacía extensión del cielo y aún no era visible la superficie de la tierra. Los dioses sabían que la creación no estaría terminada hasta que formaran a los seres vivos. Primero hicieron a los animales, pero pronto se pecataron que no sería suficiente porque los animales, aunque se comunicaban entre ellos, no podían agradecer la

creación. Entonces hicieron seres humanos de barro con la esperanza de que ellos tuvieran conciencia y pudieran agradecerles a los dioses haberlos creado y dado vida. Hicieron a hombres de barro, pero pronto se dieron cuenta que sus cuerpos eran frágiles y la figura se deshacía. Probaron entonces con madera y se dieron cuenta que los hombres y mujeres “podían hablar y eran capaces de multiplicarse, pero no tenían alma, eran duros”. No corría sangre por sus venas y su piel estaba seca y amarilla. Había entonces que volver a crear al hombre y a la humanidad.

Entonces probaron con mazorcas blancas y amarillas y los hombres y mujeres de maíz hablaron, vieron, agarraron cosas con sus manos, oyeron. “Eran inteligentes y sensibles. Desde donde estaban parados, sin necesidad de moverse, podían ver todo lo que había en el cielo y en la tierra. Podían también agradecer la creación: les damos gracias oh creadores, porque podemos apreciar lo que está lejos y lo que está cerca. Vemos lo grande y lo pequeño que existe en el cielo y en la tierra”. Aun así los dioses no estuvieron satisfechos. “No está bien lo que dicen estas criaturas, ya que ellos pueden ver todo lo que hay en el cielo y en la tierra, lo grande y lo pequeño ¿qué haremos ahora?, ¿no querrán sentirse como los dioses, ser iguales a nosotros?, ¡lo mejor será que sus ojos sólo alcancen a ver lo que está cerca sobre la faz de la tierra!”. Esto lo dijeron al Corazón del Cielo que al momento echó su aliento sobre los ojos de los hombres para nublarles la vista, como si se empañara la superficie de un espejo. Desde entonces ya no pudieron ver sino lo que estaba próximo a ellos⁵ (*Popol Vuh*, 1996).

Este mito de la creación, propio de la cultura quiché, fue encontrado entre los códices mayas en Guatemala antes de 1600 y resulta una clara metáfora de la conciencia de humildad de los hombres y mujeres de maíz frente al problema del conocimiento; la observación con pretensiones totalizantes, universalizadoras u objetivas resulta en una pretensión inviable y soberbia, por lo que son conscientes de que un velo o aliento cubre su mirada y les empaña la posibilidad de ver la totalidad. Admiten su condición humana y, con esto, la posibilidad de ver únicamente lo más próximo a ellos; de eso se responsabilizan.

¿Cómo sería entonces un mundo científico donde quepan muchas maneras de hacer ciencia?, donde sean posibles más y mejores posibilidades de comunicación de resultados, donde no haya verdades únicas respecto al tipo de lenguaje, tono y formato válido asociado con lo verídico. ¿Puede un texto científico presentar sospechas, en vez de exponer evidencias, compartir intuiciones desde la humildad de la reflexión colec-

⁵ Las antiguas historias del quiché. La primera versión escrita de la cual se tiene registro fue elaborada en lengua quiché utilizando caracteres del alfabeto latino a mediados del siglo XVI, algunos autores la ubican en la década comprendida entre 1550-1560.

tiva? (Araiza, 2015), ¿puede ser riguroso, sólido, científico, denso y posicionar abierta y transparentemente su lugar de enunciación?, ¿expresar sus intereses más viscerales y su encantamiento por las discusiones teóricas alrededor de la epistemología, la metodología, la ontología?, ¿debe exponer desde la efectividad, eficiencia y desapego o puede defender la ternura?, ¿cómo sería un texto, en el mundo que queremos construir, desde una perspectiva de segundo orden, situada, implicada y comprometida?

Tal vez sería uno que se permitiera jugar con lo poético como búsqueda epistemológica, que no tuviera miedo a jugar con el lenguaje, con las preguntas de investigación, con las metáforas y los efectos estéticos de las palabras. Que no tenga reparos en ser riguroso y al mismo tiempo, bello. Que obligue a mirar y acercarse a la investigación y a la discusión epistemológica como a una excursión, con destino incierto, lo suficientemente interesante para apostar, a pesar de estar a tientas. Un escrito que diera cuenta de las dudas y no de las certezas. De las disyuntivas y obstáculos, de las pasiones desencadenadas y desencadenantes, de los problemas éticos y políticos que enfrentaron, sin resultados ascéticos (Araiza, 2015).

Quizá que asumiera que la ciencia es una forma, entre otras, de relatar el mundo y la investigación. Un producto social, así como un productor de relatos específicos, una manera de contar y producir realidad, así como lo podría ser la literatura, el arte, la filosofía (Araiza, 2015). Que invite a pensar la investigación como todo lo bueno de la vida, un lance repleto de enamoramientos (Araiza, 2015) que necesariamente transformará a quienes participan en ella y a su entorno.

Una ciencia así sería una casa, una morada, un ethos. Nunca una actividad entre otras, que pueda separarse de la vida y la identidad. Sería un juego que no empieza ni con la pregunta de investigación ni con la decisión de comenzar una indagación sino con la curiosidad (Araiza, 2015). La *pulsión epistemofílica* que ya Freud había identificado como la fuerza imperiosa e innata de explicarse, que obliga y arroja a los sujetos a un ciclo de búsqueda insaciable que empieza el día de nuestro nacimiento y termina cuando culmina la vida.

Un artículo científico en un mundo donde quepan muchas ciencias invitaría, como lo hace Augé, a investigar el propio entorno, la manera en que, en la vivencia de los investigadores, los macro problemas se concretan. A publicar sobre la forma en que los científicos habitan su sufrimiento. Así, no necesitaría “extraer” conocimiento de pueblos y poblaciones otras, evitaría la violencia epistémica (Spivak, 1988) consistente en invisibilizar al otro expropiándolo de su posibilidad de representarse a sí mismo, hablando por él. Representaría también la posibilidad de hacer ciencia con corazón y buscar develar verdad, desde la poética.

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (1977). *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Araiza, A. (2015). *Ciencia, subjetividad y poder. Claves feministas para la construcción del conocimiento*. México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Bell, D., P. Caplan y K. Wazir Jahan (eds.) (1993). *Gendered fields. Women, Men and Ethnography*. Londres: Routledge.
- Bourdieu, P. (2003). *Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Devereux, G. (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI Editores.
- Díaz, A.A. (2007). “Tres ensayos de epistemología: hacia una propuesta feminista de investigación situada”; presentación, *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, núm. 11, pp. 263-270.
- Elkaïm, M. (1989). *Si me amas, no me ames: psicoterapia con enfoque sistémico*. Barcelona: Gedisa.
- EZLN (2015). *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista. Participación de la Comisión Sexta del EZLN*. Edición propia. México.
- Fernández, P. (1993). “El conocimiento encantado”, *Iztapalapa*, núm. 35, pp. 41-44.
- Freud, S. (2006). “Fragmento de análisis de un caso de histeria (caso Dora)”, “Tres ensayos de teoría sexual” y otras obras (1901-1905), *Obras completas*, tomo VII.
- (1988). “La transferencia”, en Introducción al psicoanálisis. Barcelona: Altaya.
- Gregorio G. (2006). “Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica: representación y relaciones de poder”, *AIBR. Revista de antropología iberoamericana*, 1(1), pp. 22-39.
- Gross, E. y M. Mansour (1995). “¿Qué es la teoría feminista?”, *Debate feminista*, núm. 12, pp. 85-105.
- Guzmán, V. (2013). “Resonancia: la construcción subjetiva de una terapeuta familiar”, *Terapia y Familia*, 26(1), pp. 70-72.
- Habermas, J. (1995). *Conocimiento e interés*. Valencia: Universitat de València.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza* (vol. 28). Valencia: Universitat de València
- Jaggar, A. (2001). “The power of feelings: Emotion, imagination, and the construction of meaning in adult learning”, *New directions for adult and continuing education*, núm. 89, pp. 63-72.
- Keeney, B.P. y L. Wolfson (1983). *Estética del cambio*. Barcelona: Paidós.
- Lara, A., D. Enciso y E. Giazú (2013). “El giro afectivo”, *Athenea Digital*, 13(3), pp. 101-119 [http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n3.1060].
- Maanen, J. (1988). *Tales of the Field. On Writing Ethnography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Maldonado, I. (1997). “Evaluación crítica de la corriente narrativa y conceptos interrelacionados en terapia familiar”, *Psicología Iberoamericana*, vol. 5, núm. 3.

- Mendoza, M.D.C.C. (2013). *Promoción de la salud y emancipación*. México: UAM-Xochimilco.
- McWilliams, N (1994). *Psychoanalytic Diagnosis*. Nueva York: Guildford Press.
- Maturana, H.R. y F.J. Varela (1990). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Debate.
- Morin, E. (1998). "Epistemología de la complejidad", en D. Fried (comp.), *Nuevos paradigmas: cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, pp. 421-453.
- Paredes, A. (2015). *Las voces del relato*. Ediciones Cátedra.
- Popol Vuh: The Definitive Edition Of The Mayan Book Of The Dawn Of Life And The Glories Of*. Simon and Schuster, 1996.
- Rich, A. (1984). "Notes towards a politics of location", *Feminist postcolonial theory: A reader*, pp. 29-42.
- Scheper-Hughes, N. (1983). "The problem of bias in androcentric and feminist anthropology", *Women's Studies*, núm. 10, pp. 109-116.
- Spivak, G.C. (1988). "Can the subaltern speak?", *Can the subaltern speak? Reflections on the history of an idea*, pp. 21-78.